

res a la península Ibèrica exigeix la publicació de llibres com aquest, que recullin investigacions que ajustin a una escala regional —concretades per exemple en les conques hidrogràfiques— l'aplicació de la diversitat metodològica per identificar els episodis secs i les seves conse-

de l'aigua al territori espanyol. En definitiva, les diverses consideracions plantejades pels autors del llibre, totes fetes des d'una perspectiva eminentment geogràfica, es presenten com a molt vàlides i encertades per entendre la sequera i la seva complexitat, la qual exigeix un recone-

nd similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

provided by

necessitats de cada territori. Ara per ara, no existeix cap estudi general sobre la seva caracterització a l'Estat espanyol, ja amb poc suport per l'escassa atenció presa a la sequera des del *Libro Blanco del Agua*, amb identificacions incompletes dels períodes secs i només una breu dedicació dins la diagnosi que avalua l'estat actual

rial que la geografia és capaç de sintetitzar i transmetre amb rigor.

Carles Bayés i Bruñol

Universitat de Girona

Departament de Geografia, Història i

Història de l'Art

carles.bayes@udg.es

ORTEGA VALCÁRCCEL, José

*Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*

Barcelona: Ariel, 2000, 604 p.

ISBN 84-344-3464-4

### Un nuevo lugar para la geografía

Hace algún tiempo, en la revista *Ería*, fue publicado nuestro primer comentario sobre la obra de J. Ortega Valcárcel, *Los horizontes de la geografía*. En contra de lo que ha sido norma en la geografía española, en el momento de escribirlo considerábamos que es necesario seguir las principales novedades bibliográficas que aparecen en el mercado, valorarlas con libertad e iniciar un debate sobre el contenido de las mismas, como forma de darles la importancia que merecen y de plantear sus fortalezas y limitaciones. Por eso acordamos realizar un comentario largo sobre este auténtico tratado de teoría e historia de nuestra disciplina, y otro más breve dejando pasar cierto tiempo, que es el que presentamos ahora.

Por lo que se refiere a esta recensión, se debe señalar que el título elegido se asemeja intencionalmente más a otra obra de la misma temática traducida al castellano a mediados de la década de los 1990<sup>1</sup>, ya que de este modo podemos avanzar dos ideas. La primera referida a las similitudes entre los dos libros. Ambos parten de la filosofía de la ciencia para organizar los enfoques de la geografía en tres grandes grupos: empírico-analíticos, subjetivistas-idealistas y racionalistas dialécticos o críticos, según una clasificación formulada por J. Habermas. Además, en los dos textos se rechaza el modelo kuhniano del cambio científico, los saberes espaciales y territoriales anteriores al siglo XIX se incluyen en sus aproximaciones, se otorga una notable importancia a la institucionalización universitaria de la

1. UNWIN, Tim, *El lugar de la geografía*, Madrid: Cátedra, 1995.

disciplina y su exposición se cierra planteando las incertidumbres que amenazan el futuro de la geografía. También hay divergencias entre ambas obras, pero ahora nos interesa recalcar que inauguran una nueva forma (alejada de los textos de los años 1980) de interpretar de dónde venimos, quiénes somos y cuál puede ser nuestro porvenir como comunidad científica.

La segunda idea se centra en lo enunciado por J. Ortega. La geografía se fundó en el siglo XIX como la disciplina encargada de estudiar las relaciones entre los seres humanos y el medio (discurso articulado, según el autor, por la «región geográfica»), partiendo de que el medio condiciona las actividades humanas y las prácticas sociales. Sin embargo, en la actualidad este planteamiento es indefendible. La disciplina sólo se puede mantener como una ciencia social y humana más, donde los agentes y las prácticas sociales transforman la naturaleza en su propio beneficio, establecen unas relaciones complejas y cambiantes con el espacio y los territorios donde se asientan; relaciones, procesos y dialéctica que la geografía debe analizar, ayudar a comprender. Dejan de interesar las investigaciones en paralelo de los geógrafos físicos y de los geógrafos humanos; las búsquedas de geomorfólogos, climatólogos y biogeógrafos sólo tienen interés reafirmando una perspectiva ambiental, situando a las comunidades humanas como referente obligado en todos sus planteamientos epistemológicos. En consecuencia, la geografía ha cambiado de sitio, mejor dicho, de lugar respecto a su organización original de hace casi doscientos años.

*Los horizontes de la geografía* se organiza internamente en tres partes y un total de 24 capítulos. En la primera parte se formula el planteamiento general de la obra, para dar paso a un recorrido por la *geografía*, los saberes espaciales y territoriales desarrollados desde la antigüedad hasta el siglo XVIII. Tanto la tradición grie-

ga como la islámica, las cosmografías y avances cartográficos medievales, o las contribuciones de Varenius, que J. Ortega demuestra conocer en profundidad, no son consideradas geografía en sentido estricto, denominación que el autor quiere reservar tan sólo a la disciplina surgida a partir de la consolidación de una *episteme* moderna en el siglo XIX.

De este modo, la segunda parte aborda la fundación moderna de nuestra ciencia. Se insiste mucho en el papel jugado en este proceso por E. Kant como filósofo (no como profesor de geografía), en la importancia que adquirió la institucionalización académica de la disciplina, y en la influencia del darwinismo, de la geología y otras ciencias de la naturaleza próximas. Por el contrario, y ésta es una de las principales novedades del estudio, no considera a A. von Humboldt ni a K. Ritter padres de la geografía, ya que, a pesar de sus aportaciones, se interpretan como más próximos a la tradición premoderna (naturalista y cosmográfica), tesis sobre la que un cierto número de geógrafos físicos no está de acuerdo. En esta segunda parte también se formula un análisis en profundidad de las principales corrientes del pensamiento contemporáneo, demostrando el autor tanto un dominio exhaustivo del devenir de la filosofía de estas dos últimas centurias como de las vinculaciones existentes entre las formas modernas de concebir el conocimiento y la evolución concreta de la geografía, organizada en distintas escuelas o corrientes bien diferenciadas. Así, J. Ortega se refiere a: las geografías positivistas, donde sitúa a la *nueva geografía*, cuantitativista, de mediados del siglo XX, y donde también incluye la utilización reciente de los coremas en los procesos de análisis territorial o las técnicas de tratamiento por ordenador de la información cartográfica (en particular los SIG); las geografías subjetivistas, que engloban desde la escuela regional-paisajística francesa de principios del pasado siglo hasta las diversas corrientes

humanistas del presente; las geografías del compromiso político, que asocia con la teoría social crítica, el pensamiento socialista y alternativo, lo que hace algún tiempo recibía la denominación genérica de «geografía radical».

En la tercera parte se efectúa un extenso repaso por el objeto y las prácticas de la geografía. Aquí se dedica un primer capítulo a definir la finalidad actual de la geografía, según el autor las representaciones espaciales. Se trabaja con los conceptos de espacio y territorio, y se insiste en su carácter social, producto de las comunidades humanas a lo largo de la historia y del desarrollo desigual que siempre ha caracterizado a las diferentes partes del mundo. En los siguientes capítulos se lleva a cabo un análisis en profundidad referido a las distintas ramas de la disciplina, en un tono por lo general crítico. Con respecto a las geografías físicas, se defiende una posición muy dura en relación con la geomorfología, a la que considera ha abandonado el interés por las colectividades humanas y sólo estudia el marco natural por sí mismo. En cambio, la evolución de la climatología, la biogeografía y la hidrogeografía es valorada de forma positiva, por sus preocupaciones ambientalistas, su intención de comprender las dinámicas del paisaje y de estudiar los niveles de confortabilidad de un entorno cualquiera.

La principal objeción que se realiza a la geografía humana es su falta de cohesión interna. La sustitución de una por múltiples geografías humanas, debido a la proliferación de estudios y enfoques muy consolidados en geografía urbana, rural, económica, de la población o cultural, entre otras. J. Ortega Valcárcel valora de forma favorable los logros conceptuales e investigadores de estas ramas del saber geográfico, aunque se lamenta de la falta de integración de las mismas en una geografía humana sólida. En esta parte de la obra, el autor decide reservar un capítulo entero a las geografías femi-

nistas, a las que considera la principal innovación epistemológica de nuestra disciplina en estos últimos decenios, pero sin olvidar tampoco algunos campos que abren nuevas perspectivas hoy en la geografía humana, bien por recuperación de una tradición (geografía política), bien por los impulsos de nuevos procesos y actividades de transformación (ocio y turismo). Luego se consagra otro epígrafe completo a analizar los elementos de renovación de la geografía regional, si bien se lamenta de su incapacidad por hacerse hegemónica en el conjunto de la disciplina, integrando las perspectivas física y humana bajo nuevos principios, como ocurrió en el primer tercio del siglo XX. Acertadas son las reflexiones finales, donde se señala lo paradójico de una situación actual, donde lo regional, los problemas y derivaciones que conlleva esta dimensión y escala comparten protagonismo con una *quiebra* de la geografía regional como disciplina.

El capítulo final recibe idéntica denominación que el conjunto de la obra, y en el mismo, a modo de conclusión, se señalan los principios sobre los que debe sustentarse el conocimiento geográfico del presente y se plantean incertidumbres en el porvenir de la disciplina. Por lo que se refiere a lo primero, J. Ortega afirma que el estudio formal, de realidades espaciales estáticas, debe dejar paso a un análisis de procesos espaciales y territoriales, siempre determinados por la actuación de los agentes sociales, modificando, apropiándose, transformando la naturaleza en su propio beneficio. En el contexto actual de globalización, a la geografía le interesa la persistencia de lo local, el mantenimiento de contrastes en un mundo crecientemente interrelacionado. A pesar de que el autor señala que los saberes espaciales y territoriales son ahora más necesarios que nunca, se expresa en términos pesimistas sobre el horizonte de nuestra disciplina. La geografía tiene futuro, según su opinión, en su condición de

ciencia social que interpreta el espacio como parte de la sociedad misma, que considera la subordinación de la naturaleza a los intereses de los seres humanos y que se interesa por un conocimiento desarrollado a diferentes escalas. Principios que, se puede deducir del discurso elaborado, todavía no generan el consenso necesario en la comunidad de geógrafos.

Entre los aspectos que en mayor medida debemos valorar de la obra, se destaca el profundo conocimiento que el autor posee, tanto de la filosofía contemporánea (no sólo de la filosofía de la ciencia) como de los geógrafos de diferentes épocas. También la ordenación interna del libro en tres grandes partes perfectamente individualizadas. Un orden que es muy clarificador cuando se refiere a los distintos tipos de geografía (positivista, subjetivista o dialéctica) desarrollados en la época contemporánea. En líneas generales, estamos ante un auténtico tratado exhaustivo de teoría e historia de la geografía que enriquece, y supera, el rico legado de la década de 1980 definido por los trabajos de H. Cappel y de algunos geógrafos madrileños como J. Gómez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero.

Por lo que respecta a las debilidades, las deficiencias de la obra, nos vamos a centrar en dos, que en modo alguno demeritan la aportación realizada. La primera, cierto desorden interno que se aprecia en el interior de tan extenso tratado y que se traduce en repeticiones innecesarias de los mismos argumentos. Por ejemplo, cuando se aborda la figura de Kant, se comienza situándolo en la primera gran parte del libro, en el capítulo 5, *la búsqueda de los orígenes*, pero luego se alude a él, en términos muy similares, en el 10, cuando se plantea el estudio de la racionalidad moderna y al explicar todo el período fundacional de la disciplina. En este caso, y en algunos más tenemos la impresión de que la

extensión y complejidad del texto ha justificado que el orden expositivo se escape en ocasiones de las manos al autor, excesivamente preocupado por repetir varias veces los mismos argumentos que considera fundamentales. Quizá ello es reflejo de su condición de profesor y de la elaboración de la obra a partir de un material largo tiempo impartido en las aulas. La segunda debilidad de J. Ortega, quizás contradicción interna profunda en su planteamiento, se refiere a la última parte de la obra. En la misma se insiste en las trascendencia que para la geografía actual tiene el estudiar procesos y representaciones espaciales y territoriales en la comprensión del mundo, frente a las formas, los paisajes y las estructuras espaciales más propias del pasado de nuestra disciplina. Sin embargo, el autor centra este razonamiento en una intensa consulta bibliográfica (por lo tanto, clásica), pasando completamente por alto que la comunidad de geógrafos se integra en asociaciones y grupos de trabajo, realiza congresos y desarrolla debates permanentes, donde los distintos agentes, su nivel de institucionalización y las dinámicas que generan son fundamentales para comprender los cambios que se suceden en el conocimiento geográfico. En síntesis, se defiende una aproximación a la realidad espacial basada en los factores continuos de la transformación y, por el contrario, se analizan los logros de la ciencia desde una metodología en la que prima la lectura estática de artículos y libros, ignorando la publicística que se genera continuamente en la comunidad de profesionales de la disciplina.

El tratado de J. Ortega, central para la geografía española a pesar de las críticas realizadas en el párrafo anterior, plantea tres grandes ideas que enunciamos como final de este comentario. Por una parte, que la geografía del presente sólo puede entenderse como una ciencia humana y social, donde las aportaciones ambienta-

listas de la geografía física tienen sin duda cabida (en este aspecto, también insistía T. Unwin). Por otra, el debate sobre el futuro de nuestra disciplina, como comunidad institucionalizada de geógrafos, sigue abierto. Esto a pesar de que los saberes espaciales y territoriales sean considerados imprescindibles para la sociedad. Por último, entre los elementos del estudio teórico de la geografía que salen reforzados en la obra, cabe destacar las filosofías de la modernidad reciente y la posmodernidad, la teoría feminista y la geografía regional renovada, que comienza a afirmarse. Por el contrario, las contribuciones de A. von Humboldt, K. Ritter y P. Vidal de la Blache, así como de la geomorfología (en su intento de convertirse en la rama hegemónica de la geo-

grafía física), se devalúan de manera notable.

*Rubén C. Lois González*

Universidade de Santiago de Compostela  
Departamento de Xeografía  
xerulois@usc.es

*Javier Martín Vide*

Universitat de Barcelona  
Departament de Geografia Física i Anàlisi Geogràfica Regional  
jmartin@trivium.gh.ub.es

*Juan I. Plaza Gutiérrez*

Universidad de Salamanca  
Departamento de Geografía  
jip@usal.es

RAMIRO I ROCA, Enric

*Aproximació a l'escola valenciana de geografia*

Madrid i València: Biblioteca Nueva i Universitat de València, 2002

(Col. Història, 19); 260 p. Pròleg de Vicent Soler

ISBN 84-370-5375-7 i 84-9742-060-8

Ha existit o existeix encara una escola valenciana de geografia? Sembla que així hauria de ser com a reunió de la comunitat de deixebles sembrada i abonada pel mestratge del professor Antonio López Gómez durant la seva estada a la Universitat de València (1956-1969). Tanmateix, us avanço que la conclusió a la qual arriba Enric Ramiro en aquest llibre, i que us recomano ja des d'ara, no és pas afirmativa. L'autor ho analitza detingudament en base, sobretot, a les opinions versades en les entrevistes que figuren a la segona part del llibre. Llevat d'un sol cas, els entrevistats neden i guarden la roba sobre el tema: sí, però no. Tot depèn del que entenguem per escola, per geografia, i... per valencià! Tanmateix, però, si bé no sembla que hi hagi cap dubte sobre l'existència d'una comunitat de docents i

d'investigadors amb idees compartides en la tradició de l'humanisme de López Gómez, es considera molt més dubtosa la seva continuïtat com a grup cohesionat amb interessos professionals i cívics harmònics, la qual cosa no vol dir idèntics.

Segons l'autor, l'evolució del grup de geògrafs valencians de darreries dels anys seixanta va sofrir les batzegades —evidentment, exagero el to— de tres circumstàncies ben diverses, les quals l'abocarien en la impossibilitat d'agregar-se com a escola. En primer lloc, cal tenir present l'efecte centrífug que va suposar la divisió de l'àmbit universitari valencià amb la creació de les universitats d'Alacant i Jaume I de Castelló successivament. La figura incontestable de López Gómez hauria estat suficient per animar un efecte centrípet? Sigui com sigui, la seva par-